

Centroamérica ante los viajeros del siglo XIX

Un viaje por Guatemala (segunda parte)

-- Gustaf August Eisen

El camino en que me encontraba -que recorre desde Dueñas hacia la costa- une los volcanes Fuego y Acatenango por un lado y el volcán de Agua por el otro. Como descendía constantemente, a cada paso se sentía el aire más caliente. Puede decirse que el país se encuentra dividido, al igual que México, en tres diferentes regiones climáticas, que a su vez se superponen. La franja caliente costera o baja, generalmente llamada "tierra caliente", se alza hasta los dos mil pies o más de altura. Se continúa después con la "tierra templada", que abarca la mayor parte de Guatemala, a excepción de las cumbres montañosas, que son las únicas que pueden denominarse "tierra fría". Ahora bien, tanto la ciudad de Guatemala como Antigua están ubicadas en tierra templada, la primera a cuatro mil y la segunda a cinco mil pies sobre el nivel del mar.¹ El descenso desde esta meseta hacia el litoral comienza en la región que se extiende entre Agua y Fuego y es bastante brusco. El valle de Antigua está casi totalmente despoblado de árboles, probablemente porque el bosque ha sido talado, pero hacia el litoral se encuentran nuevamente los más magníficos bosques de toda clase de árboles de fronda, principalmente acacias y robles. Esta región se diferencia, desde muchos puntos de vista, tanto de la costa como de las mesetas; por eso recibe la denominación especial de "bocacosta".

Gustaf August Eisen, destacado biólogo, geólogo y arqueólogo sueco (1847-1940) naturalizado estadounidense, visitó Guatemala en varias ocasiones, la primera de ellas en 1882, año en que recorrió el centro y nor-oriental del país, como se aprecia en el presente relato de viaje publicado originalmente en los números 6 (1886) y 7 (1887) de la revista sueca *Ymer* con el título "En resa i Guatemala" ("Un viaje por Guatemala"). El doctor Eisen se encontraba en Guatemala cuando ocurrió el terremoto del 18 de abril de 1902, así como la erupción del volcán de Santa María, el 24 de octubre del mismo año, experiencias que plasmó en su artículo "Notes During a Journey in Guatemala, March to December 1902", publicado en *Bulletin of the American Geographical Society* 35 (1903): 3.

Le debemos la traducción del sueco del presente relato a Athos Barés. Esta es la segunda de la serie de tres partes iniciada en el número próximo pasado de nuestra revista.

¹ En este caso Eisen está errando sobre la altitud de la ciudad de Guatemala, la cual se encuentra aproximadamente a cinco mil pies sobre el nivel del mar, casi a la misma altitud que la Antigua (nota del editor).

La temperatura no es aún sofocante, la lluvia cae abundantemente por períodos prolongados, dándose la estación húmeda más temprano que en otras regiones. Por este motivo no resulta extraño que aquí la vegetación se presente en su total esplendor. Se ven también en esta zona grandes cantidades de encantadoras orquídeas, de redondeadas formas planas, y crecen en extraordinario número magníficas *Bromelias*.² Al aproximarse a las tierras bajas, las especies aquí existentes son reemplazadas por árboles de mayor tamaño. Especialmente en los valles fluviales y parajes más húmedos, es posible ver en peñas, grietas y en los cantos de las zanjas, unos grandes especímenes de helechos arborescentes, de veinte pies de alto con copas de quince pies de diámetro. En aquellos lugares de sombra constante crece un tipo de begonia aplanada, con racimos de flores rosadas y grandes hojas en forma de escudo.

Una vez que hube descendido del volcán de Fuego, me condujo el camino a través de un impenetrable bosque tropical de maravillosa vegetación que nunca antes había podido mirar con detenimiento. Daba pena el ver unos grandes troncos de entre diez y quince pies de altura, que debían alzarse a ciento cincuenta o doscientos pies, para a esa altura poder extender sus frondosas copas. Aráceas de flores blancas similares a las calas y de idénticas hojas recubren los troncos y las ramas en forma serpenteante.³ Todo se encontraba sumergido en una singular penumbra, donde no se filtraba ni un rayo de sol. Por sobre nuestras cabezas -en las copas de los árboles- chillaban loros verdes y reposaban grandes iguanas del color de las hojas, cuyas largas crestas recorrían sus lomos hasta la cabeza. Por todas partes volaban pequeños pájaros de seis pulgadas, de color violáceo con tonalidades bronceadas y doradas.⁴

En esta parte del país hay grandes fincas pertenecientes a hombres muy renombrados. Todos los días pasaba por alguna de ellas, generalmente cultivadas de café, caña de azúcar o "zacate", un yuyo alto que crece en matas y que es excelente alimento para el ganado bovino y caballar. Las construcciones principales de las plantaciones eran de adobe o piedra, bastante feas y necesariamente bajas, a causa de los terremotos. No existe el menor gusto por el orden, ni por los jardines o las alamedas sombreadas. Los habitantes de Guatemala no han aprendido todavía el placer de la

2 Las bromeliáceas son una familia de monocotiledóneas originaria de América, como el ananás, la tillandsia y otras (nota del traductor).

3 Las aráceas son plantas angiospermas monocotiledóneas como el aro y la cal (nota del traductor).

4 Al mencionar la pulgada, se refiere al tum, medida antigua sueca que equivale al doceavo de un pie sueco, o sea 24.74 milímetros. La pulgada inglesa tiene 25.4 milímetros (nota del traductor).

belleza. ¡Cómo no hacer un jardín o un parque en un lugar donde la naturaleza es tan prodigiosa! Constituye esto un fenómeno extraño, que los extranjeros no cesan de comentar. Una vez escuché decir: "la naturaleza ha hecho lo imposible por la flora y la fauna de Guatemala, pero abandonó a su gente como bestias". Sin embargo, no está de más recordar que los actuales habitantes, tanto de Guatemala como de la mayor parte de la América Central, no son la población originaria, sino los descendientes de los conquistadores; o sea de ignorantes hordas de piratas españoles que hace algunos cientos de años aniquilaron la civilización autóctona, no habiendo aún conseguido sustituirla por una mejor. Es juicio unánime que todavía en la actualidad los indígenas son más honestos que los "españoles", o mejor dicho que los "ladinos" hispanoparlantes. De esta manera se denomina a la mezcla entre español e indígena, ya que los españoles puros no existen más aquí. Sería injusto incluir en este desfavorable juicio a toda la población hispanoparlante, pero las excepciones son pocas y por lo tanto no son dignas de ser tomadas en cuenta al referirnos al pueblo en su totalidad. La mayoría de las familias más destacadas y honorables han sido, por causa de sus opiniones políticas, expulsadas del país y se encuentran actualmente radicadas en San Francisco.

Un día me crucé en el camino con el señor Guillermo Rodríguez, un viejo conocido de Guatemala, propietario de una gran finca de nombre Aguná, ubicada entre los volcanes Fuego y Atitlán.⁵ Me invitó a conocer su plantación, lo que acepté complacido; pero no pude acompañarlo porque era muy lejos y proponía dedicarme durante algunos días a visitar las famosas ruinas de Santa Lucía Cotzumalguapa, antigua ciudad indígena.

El camino que debimos recorrer hasta Santa Lucía se extiende entre la cadena montañosa y el mar, y desde él es posible observar la mayor parte de los volcanes de Guatemala. La visión constante de éstos a lo lejos constituía un espectáculo maravilloso, difícil de olvidar; pero además de su belleza natural ofrecen otros muchos aspectos interesantes que bien justifican largas visitas de estudio.

La mayoría de los volcanes, a excepción de Agua, dan nítidas señales de no estar extinguidos, no obstante Fuego es el único que ha ventilado su ascua con grandes erupciones. En San Vicente de Pacaya se ven aún fumarolas en actividad y fuentes termales y en el cráter de Atitlán hierve, sin

⁵ Francis Gall cita el Censo General de Población de 1880, el cual describe Aguná de la manera siguiente: "Aguná, aldea del departamento de Escuintla, depende de la jurisdicción de Santa Lucía Cotzumalguapa, propietario don Guillermo Rodríguez. Mide treinta caballerías de terreno que sólo sirven a la crianza de ganado; 40 habitantes"; *Diccionario Geográfico de Guatemala*, 4 tomos (Guatemala: Instituto Geográfico Nacional, 1978-1983), I: 51 (nota del editor).

reposo, la lava en fusión. En la zona sur de Guatemala que limita con El Salvador, se yergue el cono incesantemente humeante del Izalco, cuya cumbre rodeada de luminosas nubes ardientes puede ser divisada desde lejos en la noche por los navegantes.

Si mal no recuerdo, fue a principios de abril de 1880 cuando Fuego, que había permanecido treinta años en reposo sin dar más señas de vida que despedir un débil humo por el cráter, tuvo la mayor erupción que se conoce hasta el momento. Esta había podido observarse maravillosamente desde Zapote, que está del lado del volcán que da hacia el mar; y del señor Joaquín González, propietario de este lugar, obtuve un excelente relato de los acontecimientos. La erupción duró diez días, con cortos intervalos. Primero se dejó oír un estruendo, como si fuera un fortísimo trueno desde debajo de la tierra; segundos más tarde el cráter despidió una columna de fuego y humo de varios miles de pies de altura, seguida de cenizas y coladas de lava incandescente, que el viento llevó para el litoral costeño. Seguidamente se desencadenó una copiosa lluvia tropical, donde cada gota es del tamaño de una nuez y si decimos que se clavan en la tierra como varas, reflejamos apenas la realidad. Esta tempestad levantó como un muro alrededor de la cumbre del volcán y una masa de agua llenó el espacio dentro del muro. De un instante a otro dicho muro se pandeó, y el torrente de agua se precipitó sobre una de las laderas, produciendo un profundo surco en ésta, arrastrando al mismo tiempo todo lo que hallaba en su camino. Este alud se deslizó abriéndose camino a sólo unos cien metros de los edificios principales de Zapote, levantando una impenetrable barrera de cenizas, piedras y chispas, que se entrecruzaban formando los más extraños dibujos. La "avalancha" duró media hora; luego la parte final llegó a su término y aclaró un poco. El señor Duranel pudo ver cómo sus fértiles tierras fueron atravesadas por un surco de unos cincuenta pies de profundidad y unos cuantos cientos de pies de ancho, en el lugar en que corriera la ardiente ceniza líquida. Durante la noche la erupción se habría visto más soberbia, posiblemente desde la meseta, ya que el viento condujo la ceniza y el humo hacia el mar. La cumbre de los demás volcanes estaba cubierta de nubes, disparándose rayos desde Pacaya, Agua y Atitlán, que atravesaban todo el país hasta alcanzar la cima del volcán de Fuego.

Si bien el calor en la bocacosta -como ya he dicho- no es tan sofocante como en el litoral marítimo, para un nórdico como yo era difícil de sobrellevar. Como todos los días hacía largas caminatas de entre ocho a nueve leguas -cada legua es como media milla sueca- por las tardes, como se entenderá, me sentía acalorado y cansado. A Santa Lucía llegué uno de

los días de más calor.⁶ Era éste un pueblecito miserable y sucio que se encontraba totalmente inmerso en la selva tropical y las plantaciones de maíz. Todas las casas estaban construidas de caña de bambú y techadas con hojas de palmera, con excepción de aquéllas levantadas de adobe. Así era, por ejemplo, el hotel. El encargado del mismo, un hombre de marcados rasgos negroides, no compartía mi opinión sobre el calor sino que, por el contrario, al escuchar que me quejaba, respondió "un poquito calentito".⁷ La aseveración de que era un día levemente templado me dejó sin esperanzas imaginando cómo sería cuando hiciera realmente calor. Al preguntarle por las ruinas, me respondió que muchas de ellas ya no existían y que no tenía ningún sentido buscarlas. Esto me decidió a ir por ellas por mi cuenta; no tardando mucho en dar con el lugar ya que no se hallaba a más de diez minutos de marcha desde el pueblo.

Estas ruinas habían sido desconocidas hasta hace pocos años, cuando fueran visitadas por varios arqueólogos, entre ellos el recientemente fallecido doctor C. H. Berendt. El año pasado fueron examinadas por el investigador alemán doctor Hart, quien envió al museo de Berlín veinticinco de las piedras más interesantes; pero como se ve en el terreno, indudablemente quedan muchas más.⁸

Los monumentos, tanto de México como de toda la América Central, pueden dividirse, de acuerdo a su antigüedad, en dos categorías: los que estaban antes de la llegada de los españoles, y aquellas construcciones que fueran utilizadas por la población civilizada actual. Una tercera categoría la constituirían los pertenecientes a la era cristiana, iglesias derrumbadas, conventos y fortificaciones, todos ellos de menor interés que los que levantarán los indígenas. Es difícil determinar la diferencia entre el primer y el segundo grupo, en parte porque los jeroglíficos no han sido aún interpretados, y en parte porque los relatos de los españoles sobre éstos son pobres y dicen poco, lo que no permite sacar ninguna conclusión. En cuanto se descifre el significado de estas imágenes -quién sabe cuándo será- podremos tener un conocimiento más aproximado de estas civilizaciones antiguas, contemporáneas probablemente a las de la India o Egipto. Me limitaré a dar de momento una descripción superficial de lo que vi, dejando mis apuntes sobre los monumentos de Guatemala para un futuro trabajo.

6 Se refiere al antes mencionado pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa (nota del editor).

7 En castellano en el original (nota del traductor).

8 Estas piedras han sido descritas más tarde por el doctor Habel, quien además dibujó muchas de ellas (nota original).

En Santa Lucía Cotzumalguapa hay monumentos ampliamente conocidos que están compuestos exclusivamente por una cantidad de colinas grandes y pequeñas. La más grande de ellas será de varios cientos de pies de diámetro y la menor tendrá más o menos unos doce o quince pies. Estas colinas, cuya altura no es significativa ya que probablemente apenas lleguen a los veinte pies, seguramente han sido en su mayoría casas redondeadas, construidas de adobe o cerámica sin cocinar, sobre una base de piedra bien tallada de aproximadamente un pie. El paso del tiempo y la lluvia han desgastado las casas, protegiendo a la vez sus tesoros internos; éstos son piedras de distinto tamaño, extraordinariamente trabajadas, comparables a las mejores piezas artísticas de Egipto. Aproximadamente una docena de estas colinas han sido abiertas y sus piedras fueron descubiertas y -como ya he dicho- enviadas en parte a Europa o llevadas a las fincas vecinas. Así es como varias cabezas talladas en piedra se encuentran en "El Portal", propiedad ubicada en Antigua perteneciente al ministro de agricultura, señor Herrera, de Guatemala.⁹ Otra de estas cabezas esculpidas, probablemente el retrato de algún héroe, fue trasladada a otra de las fincas de Herrera de nombre Pantaleón.¹⁰ Es posible que muchas de estas joyas esculturales hayan sido escondidas o destruidas. Lo que ha quedado en la actualidad no es mucho; pero posiblemente todo aquello que aún no ha sido desenterrado de los montículos, constituirá para los arqueólogos un inapreciable tesoro. La piedra más grande está aún en posición erecta y es demasiado grande para poder ser trasladada; su altura alcanza los ocho pies y su ancho los seis; al parecer ha estado en el centro de una casa circular que se ha hundido, junto con el terreno que la rodeaba, dejando una abertura en la tierra de varios pies de profundidad.

Para poder observar y anotar los dibujos de las piedras, las hice limpiar por los mozos con hojas de palmera y marcar con tiza las líneas. Tienen la superficie plana y en la misma están tallados en bajo relieve los dibujos que aparentan representar una escena religiosa. Al centro, un poco hacia la izquierda de la piedra, pueden observarse dos figuras que llevan sombreros y se encuentran vestidas con largos trajes ceñidos al cuerpo. La figura de la izquierda tiende sus manos, en gesto de recibir algo, y el personaje del centro parece extenderle algo parecido al asta de una bandera. Ambas se enfrentan. Detrás de la figura central hay otra

⁹ Sobre la finca "El Portal", véase Gall, *Diccionario Geográfico*, II: 1026 (nota del editor).

¹⁰ Gall denomina finca Pantaleón, municipio de Siquinalá, Escuintla, un sitio arqueológico. En el censo de 1880 Pantaleón fue mencionado como un importante ingenio de azúcar "con una extensión de 54 caballerías"; *Diccionario Geográfico*, II: 872 (nota del editor).

menor, parecida a la anterior, que apoya sus manos en un bastón del que cuelgan ornamentos, como un gran círculo adornado de raros signos que semejan una cabeza de mono. Una guarda grabada formada por una hilera de jeroglíficos circulares -que se encuentran tan desgastados que no los pude dibujar- bordea la escena. Hay un par de piedras más, casi de igual tamaño, tumbadas sobre la tierra, que representan más o menos lo mismo, aunque con algunas variaciones. Una gran parte de ellas tiene la imagen de un pájaro con las alas desplegadas y una cabeza grande de cóndor. Este se encuentra con el pico abierto devorando a un hombre, cuya testa se encuentra adornada con un penacho de plumas que se transforma en una víbora. El hombre tiene las manos a los lados del rostro. En el pecho del pájaro se ve el disco solar bordeado de rayos como la corona del sol, y detrás del mismo un círculo apenas menor. Una de las patas del pájaro está extendida hacia arriba y con su garra sostiene una bola más chica. Todo esto es en bajo relieve. La otra piedra es casi idéntica a la descrita, sólo que el ave tiene la pata hacia abajo y la imagen mira hacia el lado izquierdo, mientras que en la otra la escena está invertida. Como hemos visto, estos grabados representan al cóndor "zope" rey, el pájaro solar, devorando un hombre; y sobre este tema circulan cantidad de leyendas entre los indígenas.¹¹ Por mi parte, creo que tanto las leyendas como las imágenes tiene un significado mucho más profundo, ya que representan hechos históricos de gran interés. Es probable que el círculo menor, inserto en el disco solar, represente a la luna y que la bola que se ve entre las garras del ave sea la tierra en total oscuridad. En ese caso, ambas piedras simbolizarían distintos eclipses y, probablemente, si analizáramos los detalles, podríamos echar luz sobre el momento en que éstos se produjeron. Simbologías de este tipo son también comunes en la China y el Japón. Otras cuatro escenas pétreas muestran a un hombre orando a los dioses, a quienes se les ve en el cielo. Una de estas divinidades no es más que el mismo sol, a juzgar por los rayos de fuego que rodean el rostro del dios; mientras que la otra es la luna, ya que es el círculo lunar el que enmarca su cara. El carácter de las otras dos divinidades es aún desconocido, pero su aspecto no es repulsivo ni cruel, sino por el contrario parecen benevolentes y bondadosos.

El suplicante, que tiene una de las manos extendida, y en otras piedras sostiene una cabeza de animal o ser humano, está vestido con muchísimos ornamentos peculiares, distintos en cada brazo y pierna, calzando

¹¹ Unas cuantas de estas historias han sido recogidas en un trabajo recientemente publicado por Otto Stoll, *Guatemala: Reisen und Schilderungen Aus den Jahren, 1878-1883* (Leipzig: F. A. Brochais, 1886), pág. 210 (nota original).

también diferentes sandalias adornadas. De la boca del hombre que reza salen unas líneas curvas con pequeños puntos o bolitas, que indican el diálogo entre los personajes; e indudablemente constituyen una especie de escritura. También de las deidades surgen líneas curvas o rectas, repletas de bolas y bolitas ubicadas a una cierta distancia unas de otras; una forma de escritura que, de alguna manera, me recuerda a la de nudos y sogas de los incas. Más adelante tenemos dos piedras en las que se muestra un hombre enfermo acostado. En una de las dos éste es un viejo y delante suyo se encuentra la muerte, de pie, vestida en llamas y sosteniendo una serpiente a modo de cinturón. Con las manos señala una larga hilera de círculos y pequeños símbolos apilados en forma de cruz. Esto significa quizás que la muerte le muestra al enfermo en su última hora los largos años vividos, y le pide que no tenga más esperanzas. En la otra piedra la escena representa a un enfermo más joven y el que está frente a él es el médico, quien lleva la cabeza y los pies adornados con animales salvajes; también señala los símbolos -pocos esta vez- mientras dice "tú no has vivido mucho, puedes por lo tanto tener esperanzas de sanar".

Uno de los monolitos más destacados representa, sin duda, un suceso histórico. Allí se ve un personaje de perfil, magníficamente vestido, ubicado a la izquierda de la escena. Este lleva en la cabeza un frondoso sombrero cubierto de plumas, detrás del cual se ve un cóndor volando; delante suyo se encuentra una mujer muy delgada, que no lleva más vestido que un cinturón pero que está bien peinada y adornada con cintas. Detrás de ella aparece el "maligno", representado como un hombre con garras en las extremidades superiores e inferiores. Finalmente debo mencionar un cuadro menor, redondo, que asemeja un medallón, donde se pueden ver las cabezas de un hombre y de una mujer y, por debajo de ellos, una calavera. De ambas bocas surgen las mencionadas líneas curvas, comunes a todas las figuras, con sus puntos o bolitas. Probablemente haya sido ésta una lápida o la custodia de una tumba.

Entre las esculturas se destacan dos piedras ahuecadas que se encuentran adornadas exteriormente con relieves a lo largo. Una de las tallas, que ocupa toda la cara delantera de uno de los monolitos, muestra a la muerte sentada; la otra, en el frente del segundo, representa una cabeza cortada. En el canto superior de esta piedra se ve una cavidad, usada sin duda para los degollamientos. Los sacrificios humanos, según se dice, fueron comunes; es por ello que se encuentran representados en varias de las piedras, generalmente con un suplicante que sostiene en una de sus manos una cabeza y en la otra un gran cuchillo. Una piedra de menor tamaño tiene una talla muy bien trabajada que muestra también una cabeza, ubicada en la escalera de los sacrificios.

Describir todos los monolitos que aquí hay me llevaría mucho más tiempo del que dispongo, además de que debería detenerme a estudiar todo lo referente a su origen y antigüedad. Esta información no se conoce con seguridad, pero a juzgar por los símbolos y jeroglíficos que pude observar, pertenecen al pueblo de Cotzumalguapa, o sea a las tribus mexicanas y no mayas, y son mucho más antiguos que la conquista española. No han perdurado entre los habitantes del país leyendas que hablen del significado de estos monumentos que, por otra parte, han sido desconocidos hasta hace pocos años. No obstante, no es esto significativo para evaluar su antigüedad, ya que en las proximidades de Cotzumalguapa fueron descubiertas ruinas de iglesias católicas que se encontraban escondidas en la selva.¹² Esto sucedió hace poco tiempo y hasta ese momento no se sabía de su existencia.

La jornada fue larga y el calor se hacía sentir, lo mismo que otros suplicios como mosquitos e insectos varios, que llenaron el aire haciendo imposible el trabajo. En un principio tuve la intención de dibujar todas estas piedras, calaveras inclusive, pero hube de dar la tarea por concluida en forma anticipada, en parte porque el tiempo era escaso como para poder hacer algo valioso y en parte por no contar con el equipo necesario. Es así que decidí dejar esta tarea para una visita futura. Volví donde me esperaba el negro encargado del hotel, que se encontraba curioso por saber si había logrado llegar hasta las ruinas. Me propuse finalizar la cosa sin discutir demasiado, por eso me le acerqué con mi cuaderno de dibujo en la mano y le mostré los bosquejos de las piedras más conocidas. Su entusiasmo no tenía límites. Creo que me veía como a un mago. Comenzó a bailar por el cuarto, mientras decía que estaba tristísimo por no haberme acompañado él mismo, ya que conocía muchos otros monolitos en ese mismo y en otros lugares. Se ofreció para mostrarme todo esto al día siguiente, sin requerir por ello pago alguno. No obstante cuán deseable esto hubiera sido, hube de rechazar su ofrecimiento porque no me sentía bien y temía permanecer más de lo necesario en un lugar tan malsano. Aguná queda solamente a medio día de viaje desde Santa Lucía. El señor Guillermo Rodríguez había llegado varios días antes y me recibió tan bien como la hospitalidad guatemalteca le permitía, lo cual es ya bastante en este país.

Una gran alameda bordeada de palmeras de más de cuarenta años conducen a la casa principal de la finca. A un lado de ésta hay un pequeño jardín con árboles frutales característicos del trópico. Esto se debe a que el

¹² Indudablemente estas iglesias fueron los únicos restos visibles de pueblos de indígenas que gradualmente disminuyeron en número hasta extinguirse completamente en el transcurso de los siglos coloniales (nota del editor).

señor Rodríguez ama los árboles y las plantas, y es por lo tanto la excepción a la regla. En mi honor envió a un chaval a que buscara unos cocos; pude observar la extraordinaria velocidad con que éste trepó por el alto tronco y creo que un mono no lo hubiera hecho mejor. Después cortó los cocos anudándolos con una soga, pero le tomó cerca de una hora bajarlos todos. Muchos cayeron directamente a la tierra, partiéndose y derramando el líquido que contenían. Todos los muchachitos del pueblo se disputaban a empujones los cocos caídos.

Al ver el señor Rodríguez mis apuntes de los monolitos de Santa Lucía, me contó que en su propiedad también había algunos y me propuso que los tomara en consideración.¹³ A la tarde, cuando el calor hubo amainado, ensilló cuatro caballos y nos pusimos en marcha, acompañados de otros dos señores. Tres o cuatro mozos corrían a pie detrás nuestro, pero seguramente no se sentían peor que yo mismo con las sacudidas. Me habían dado para montar el peor mancarrón que se pueda imaginar, ensillado con arreos de manufactura local.¹⁴

En Guatemala se ofrece al extranjero lo que se tiene, pero nunca lo mejor; sólo han pasado tres siglos desde la época de aquellos "verdaderos caballeros" españoles, cuando se estaba emparentado con la "caballeresca España".

El camino era bastante largo, algo así como una milla y media sueca. Cabalgamos todo el tiempo por ondulantes planicies, revestidas de un alto yuyo verde llamado "zacate". Cada tanto se veían palmeras de tronco bajo y hojas erguidas, de veinte a treinta pies de largo. Como nos dirigíamos hacia la costa, cada vez encontrábamos más plantas tropicales. En algunos lugares crecían unos cerezos altos, con racimos de un pie de largo, de frutos marrones. Estos no eran tan sabrosos como los que cultivamos en Suecia, pero sí bastante dulces y nos gustaron. En otros lugares había frondosas acacias con vainas grandes y verdes, cuyos granos se encontraban recubiertos de una pulpa blanca, similar a la crema helada, y que a falta de otra fruta pueden comerse pues no saben mal. Como el señor Rodríguez quería que yo tuviese una buena impresión de su finca, se preocupaba en señalarme todo lo destacable que encontrábamos por el camino. Por eso

13 Hoy día se reconoce un sitio arqueológico Aguná, como la finca del mismo nombre, dentro de la jurisdicción municipal de Santa Lucía Cotzumalguapa, departamento de Escuintla; véase Gall, *Diccionario Geográfico*, I: 50 (nota del editor).

14 Se usa el término "mancarrón" para referirse al animal equino que, por vejez, enfermedades, mala alimentación o por haberse estropeado en el trabajo, ha quedado más o menos inservible, pesado y de fea estampa. Es voz castellana, derivada de "manco" y con el sufijo "arrón", que enfatiza el defecto (nota del traductor).

hicimos también un rodeo para ver un árbol extraordinariamente grande, conocido aquí con el nombre de "ceiba", perteneciente a la familia del *Bombax*. Era éste realmente el árbol más grande y hermoso que jamás había visto; se diferenciaba en la forma del secoya californiano, pero bien podía igualársele en belleza.¹⁵ El tronco de este árbol contaba con unos 32 pies de diámetro en su parte inferior, estrechándose hacia arriba, de tal manera que visto desde abajo daba la sensación de ser una pirámide. Sobre esta raíz piramidal se alzaba el tronco, recto y sin ramificarse, hasta los 150 pies de altura, en donde extendía una hermosa copa circular, cuya sombra sobre el terreno medía 300 pies de diámetro. El alto total del árbol lo calculé aproximadamente en unos 250 pies. Era éste el más logrado producto de la naturaleza que yo jamás hubiera visto, así como también sin duda el más grande; capaz de esconder en las aberturas y hoyos de su base no sólo a un caballo, sino a éste junto con su jinete.

En toda la región había montículos rectangulares, de veinte a treinta pies de altura; algunos pequeños y bajos, otros en cambio de un octavo de milla sueca de largo. La mayoría están formados de piedras redondeadas y tierra y su origen probable se relaciona con las poblaciones precolombinas. Uno de éstos, de unos treinta pies de diámetro y forma de herradura, asemejaba a una pequeña plaza, en cuyo centro el señor Rodríguez había descubierto un monolito digno de mencionarse. Contaba con cuatro pies de largo y uno y medio de ancho; representaba una cabeza muy singular ubicada en lo alto de un cilindro, el que más tarde fue puesto -al parecer- entre los muros de un templo. Lo dibujé rápidamente y luego busqué otros en las inmediaciones. En pocos minutos encontramos tres más, todos aproximadamente del mismo tamaño, pero las cabezas eran diferentes. Estoy seguro de que si se organizaran excavaciones en este lugar, se podrían recolectar objetos arqueológicos valiosísimos y de mucho provecho para la ciencia. El señor Rodríguez me prometió comenzar a cavar en una semana más, una vez que la pascua hubiera pasado, sin embargo después no hubo tiempo de hacerlo o quizás -sería mejor decir- no tuvo ganas.

De Aguná partí un día a las tres de la madrugada, pues tenía un largo trecho -más de cinco millas y media suecas- hasta San Agustín, donde me dedicaría durante algunos días a descansar. El camino era extremadamente malo, pedregoso y difícil de seguir en la oscuridad. A esa temprana hora de la mañana, la naturaleza se presentaba llena de vida y encanto, en cambio durante las horas del día la vida animal se ve reducida a cantidad

15 El género *Sequoia* es un árbol cupresáceo que puede alcanzar 150 metros de alto y diez de diámetro. En California existen secoyas gigantes, algunas de las cuales tienen dos mil años de edad (nota del traductor).

de mariposas, amantes del sol, que se asientan en los terrenos húmedos alrededor de los arroyos. Todo el campo parece entonces teñido de blanco, amarillo, rojo, marrón y azul. Cuando uno se acerca, todo el grupo se eleva, volando en círculos como enjambres de abejas; usando una red se podrían atrapar de a docenas a cada golpe. Sin embargo, tan rápido como uno se aleja unos pasos, vuelven revoloteando a beber nuevamente el agua de la tierra. Aquí, al igual que en otros lados del trópico, no es posible ver flores sobre el terreno, puesto que generalmente las oculta la vegetación; las únicas visibles son las orquídeas trepadoras o las de los árboles, a menudo sumamente bellas.

Entre los árboles más grandes y hermosos que se destacan por sobre el bosque bajo, hay que hacer mención de "el volador" y "el tambor";¹⁶ este último, a juzgar por sus hojas lobuladas, pertenece a la familia de las acacias, aunque es de mayor tamaño, pero no tan alto como la ceiba. Todos los troncos -a excepción del de "el volador"- se encuentran recubiertos, desde las raíces hasta la altura de la copa, de enredaderas y por las grandes hojas de las aroideas (*Philodendron*). Todos los años, al mismo tiempo que las enredaderas pierden sus hojas, al "volador" se le cae la corteza, quedando a la vista totalmente desnudo, con su tronco plateado-blanquecino.

A la tarde el camino se hizo ascendente pues estábamos en las cercanías del volcán Atitlán. El aire se volvía cada vez más húmedo y las empinadas laderas comenzaron a verse cubiertas por helechos arborescentes. Muchos de ellos tenían troncos altos, rectos y delgados, de hasta veinte pies; la mayoría de ellos brotaban nuevamente desde las mismas paredes de la montaña.

Todas las aldeas indígenas por las que atravesamos rebosaban de vida y movimiento debido a que nos encontrábamos en la Semana Santa, fiesta que aquí se celebra con devoción y borrachera. En el dintel de cada iglesia colgaba un muñeco grande, vestido con pantalón blanco y chaqueta negra. Este representaba al "Señor Judas Iscariote" quien, en castigo por su beso traidor, es expuesto a la burla y mofa de la población durante toda la semana; después de la cual se le baja cuidadosamente y se le guarda en la sacristía hasta el año siguiente, en que vuelve a servir para consuelo del alma. El baile y la música reinaron de corrido de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. La música consistía en el golpeteo incesante de la "marimba", instrumento que según supe no es de origen indígena sino

16 El autor escribe "Boladoren" refiriéndose a este árbol, usando la palabra castellana pero con la letra "b" en lugar de "v", seguramente por desconocimiento de la ortografía; la terminación "en" es sueca y significa el artículo "el".

africano. Lo tocan habitualmente entre tres músicos, los que percuten, en forma ininterrumpida, con martillitos sobre finas teclas de madera. En un primer momento esta música es desagradable en extremo, pero luego de haberla escuchado durante una semana seguida, se vuelve uniforme. El gobierno se beneficia de estas fiestas porque es el mismo quien vende el "aguardiente" o los derechos de la venta a los intermediarios. En este pueblo no había más de unas cien personas, no obstante lo cual se vendieron, en sólo tres días, alrededor de setecientas botellas de aguardiente, a un dólar cada una; de la suma recaudada la mitad se la lleva el gobierno. El señor Brama, mi posadero en San Agustín, fue quien recabó dicha información de boca de un despachante del pueblo, que era de su total confianza, quien aseguraba llegaría a vender unas mil doscientas botellas antes de que la fiesta concluyese. Por todas partes se ven borrachos tanto hombres como mujeres; la mayoría de estas últimas cargando un niño en la espalda, cuya alimentación en dichas circunstancias no puede más que contribuir a que dejen más pronto esta vida terrenal. Da mucha pena, porque los indígenas son, en todo, mucho más decentes que los caballeros españoles. Sin embargo, no es mi intención recriminar sólo a la nación española de haber embrutecido a los indígenas, ya que en Norteamérica las relaciones no son igualmente malas, sino peores. Pero debe recordarse que los indígenas norteamericanos eran salvajes, mientras que aquí en Centroamérica eran en un alto grado mucho más civilizados que los propios españoles.

Un día fuimos de excursión a un pequeño lago, ubicado a un lado del volcán, rodeado de altos bosques tan tupidos que nuestros mozos debían marchar primero abriendo monte a machete, derribando pinos jóvenes y retoños para que pudiéramos pasar. Esta picada volvió a cerrarse en sólo dos meses y en otros dos meses más hubiera sido ya imposible ubicar en qué lugar se encontraba. El lago era sumamente hermoso, muy claro y tan calmo que reflejaba las cumbres de los volcanes, los oscuros bosques hasta el cielo azul.

Nos encontrábamos a principios de abril, época en que la estación de lluvias se hace presente con los más fuertes chaparrones, tormentas y relámpagos. Creía, por lo tanto, que después de semejantes aguaceros encontraríamos el terreno tan pantanoso que no podríamos pisarlo en varios días, pero a la mañana siguiente brillaba el sol y a las nueve la tierra habíase secado casi totalmente. No obstante, la lluvia hace que los caminos carreteros se pongan intransitables, y como aún me faltaban unas cuarenta leguas -o sea veinte millas suecas- hasta Guatemala, temía quedar estancado en el lodo.

Una agradable mañana, luego que me hube despedido del señor Brama y de su hermosa esposa, dejé atrás San Agustín y me dirigí cuesta arriba, por

la ladera del volcán Atitlán. El aire es notablemente mucho más húmedo a los lados del volcán que en las mismas altiplanicies o cadenas bajas de sierras. La época lluviosa recién había alcanzado las pendientes que dan hacia el mar, mientras que tanto el lado del volcán que da hacia el altiplano como la región costera, aún se encontraban secos. La misma tarde en que partimos de San Agustín arribamos a San Lucas Tolimán, al que encontramos -por causa de la sequía- rodeado de escasa vegetación. Este pueblo, enclavado en las laderas del lago Atitlán, se encuentra al igual que las demás aldeas indígenas, compuesto de chozas dispersas. Estas están construidas en forma rectangular y cuentan de quince a veinte pies de base y entre seis y ocho de altura; las paredes son de caña de bambú y los techos una alta pirámide de hojas de palmera. El viento y el aire pasan a través de los muros de las viviendas, haciéndolas muy frescas y bastante saludables. En el centro del pueblo se ve una iglesia abandonada y el edificio de un convento en ruinas; éstos evidencian haber sido destruidos por algún terremoto y seguramente no ha habido dinero para repararlos. Cuando estuve en Antigua me sorprendí de que los edificios de anchos muros pudieran derrumbarse totalmente, pero al observarlos de cerca se comprende que esto no es tan extraño. A pesar de sus paredes gruesas -de entre ocho y diez pies- sólo están contruidos de adobe o barro, con trozos de ladrillos incrustrados en él cuando aún estaba fresco. No he visto todavía un muro hecho exclusivamente de ladrillos; por lo tanto, no es extraño que el rebo que ceda fácilmente y luego caiga el resto en la primera tormenta fuerte.

Nuestra llegada a San Lucas Tolimán produjo un gran revuelo, pues pocos son los forasteros que allí arriban; y si por añadidura éstos son de cabello y barba rubios, el asombro general es aún mayor. El escogido comité de recepción de señoras quedó boquiabierto ante mi "Winchester" y mis anteojos de largavista; creo que los gemelos mismos despertaron más admiración que lo que con ellos se podía ver. Antonio, mi mozo, anduvo de arriba para abajo y de abajo para arriba, dando conferencias a los curiosos sobre el funcionamiento del arma y el modo de ajustar los anteojos. También convenció a la tabernera de la posada en que habitaba una "ladina" gorda de que podía retratarla. Ante sus insistentes ruegos hube de garabatear una hoja de papel, y para mi sorpresa la mujer encontró el garabato muy parecido a ella. Lo mismo ocurrió con su abuela, quien entusiasmada me confesó que cuando joven había sido muy hermosa.

En la cena se me agasajó con pescado proveniente del lago de Atitlán, en cuyas orillas está situado Tolimán. Estos pescados, si bien no contaban con más de dos pulgadas de largo, sabían deliciosamente y su cantidad

suplía el tamaño.¹⁷ Varias veces se ha intentado criar peces más grandes en este lago, pero -según se dice- éstos morían a causa de un yuyo venenoso que crece en el fondo. Me lo mostraron y no es éste más que un alga de color verdeazulado y, si la gente tiene razón, es posible que sea dañina para los estómagos delicados de los peces.

Al día siguiente desperté a Antonio a las tres de la mañana para poder cruzar el lago hacia Panajachel; darme este gusto me costaría un dólar y medio. A las cuatro estábamos ya sentados en una gran canoa de forma rectangular -que no me parecía la embarcación más apta- pero a menudo sucede que uno se ve obligado a navegar como menos lo desea. El lago, de forma casi circular, tiene dos millas suecas de ancho, o sea que no es precisamente un charquito. Nos llevó más de cuatro horas llegar a Panajachel, que se encuentra a una distancia de una milla y cuarto sueca. La vista que este lugar ofrece es conocida como una de las más hermosas de toda Guatemala. Desde allí se ven todas las orillas del lago como si estuvieran rodeadas de montañas altas y escarpadas, las que a menudo no dejan espacio libre entre sus laderas cortadas a pique y el agua. En el centro y a lo alto se destaca el volcán Atitlán, con sus dos grandes cimas.¹⁸ Un poco más abajo, entre éste y el lago, se ve un volcán de menor tamaño, el Cerro de Oro; un poco más hacia la derecha está el volcán San Pedro, casi tan grande como el Atitlán. Algunas rocas puntiagudas, la mayoría de formas fantásticas, se alzan por detrás, también a la derecha. Los volcanes Atitlán y San Pedro tienen unos doce mil pies de altura sobre el nivel del mar y cerca de ocho mil pies sobre el mismo lago. Panajachel es un pueblo hermoso que se encuentra rodeado por un fecundo delta, totalmente plantado de maíz, cebolla, ananá, papas, etcétera. La ciudad misma tiene calles empinadas y sinuosas con casas de adobe, y en la plaza hay un bonito aljibe. No nos detuvimos en ella más que el tiempo necesario para comprar pan, aguacates, café y azúcar; después nos pusimos en marcha nuevamente. Debíamos escalar varios miles de pies hasta llegar al altiplano, pero por suerte el camino hacia la cumbre era bueno y por lo tanto el ascenso no se hizo demasiado pesado. A cada paso que dábamos teníamos una vista más amplia y al llegar a la cima pudimos deleitarnos ante un vasto

17 En sus escritos que datan hacia 1630, fray Francisco Vázquez de Espinosa nos dice que el lago contenía grandes cantidades de un pequeño pez, a los cuales les llamó pejerreyes; *Compendium and Description of the West Indies*, Charles U. Clark, trad. (Washington, D.C.: Smithsonian Miscellaneous Publications, 1942), pág. 224 (nota del editor).

18 Aquí se confunde el autor. En realidad, el volcán Atitlán tiene un cono simétrico. El volcán más al norte al de Atitlán, en la margen sur del lago de Atitlán, y que tiene dos picos es el volcán Tolimán; véase Gall, *Diccionario geográfico*, I: 168 y IV: 108 (nota del editor).

panorama del lago, con sus fiordos y montañas. El viaje por las mesetas tampoco fue malo sino bastante afortunado, aunque totalmente diferente del recorrido que habíamos hecho por las tierras bajas. Las mesetas peladas y los barrancos que hay entre ellas reemplazaron a los bosques tropicales poblados de pinos silvestres y robles; estos últimos revestidos de toda clase de orquídeas, entre las que despertaron nuestra admiración la *Barqueria* violeta y la *Brazavola* de flores blancas.

Debimos cruzar dos ciudades, que fueron las más grandes que vi después de Antigua. En la primera de ellas, Patzún, me detuve un par de horas para desayunar y descansar un poco. Como hacíamos habitualmente, visitamos el cabildo, donde fuimos rodeados por una cantidad de nativos curiosos. Tengo que reconocer que, durante todo el viaje, fuimos tratados con respeto y que en ningún momento intentaron ofenderme o causarnos ningún tipo de malestar. Claro que alguna vez sucedió que topamos con algún impertinente, pero siempre el insolente resultó ser "ladino" y en ningún caso indígena.¹⁹

El cabildo de Patzún se encontraba visiblemente animado, puesto que una gran cantidad de indígenas había llegado a entrevistarse con el alcalde, quien era el que administraba justicia. Este era, pese a sus cincuenta años, uno de los indígenas más fuertes que jamás he visto; de hombros anchos y bien formados, cabello oscuro y bigotes recortados sobre el labio y la barbilla. Vestía un hermoso traje de chaquetilla blanca, corta y bordada de azul; los pantalones eran anchos, azules también, bordados por detrás y desflecados a los lados. Le daban un aspecto muy particular unos retacitos de seda que colgaban de las mangas y de los pantalones y un pañuelo de seda rojo que llevaba anudado en la cabeza. Lamentablemente, no pude llegar a comprender nada de las deliberaciones que allí se sostenían, puesto que todos hablaban en quiché, y en este idioma yo sólo conocía las cifras del uno al diez.²⁰

Un indígena joven, ataviado con un traje de fiesta muy parecido al del alcalde, se le acercó, seguido de varios hombres y mujeres, para exponerle su caso. Cuando se encontraba unos cuatro o cinco pies de distancia de éste, se puso de rodillas, tan respetuoso y piadoso como si se encontrase ante un rey. Todos los que lo acompañaban se acomodaron detrás suyo. El alcalde le hizo un gesto indicándole que se incorporara, pero éste, deso-

19 El prejuicio expresado aquí contra el ladino ha sido muy común tanto en el pasado como en la actualidad entre viajeros visitando Guatemala y aun entre residentes de origen europeo o norteamericano (nota del editor).

20 En realidad hablan el cakchiquel y no el quiché en Patzún (nota del editor).

yéndole, continuó hincado en la tierra mientras le hablaba fervorosamente y con grandes ademanes. La exposición duró unos cinco minutos, al cabo de los cuales el alcalde permaneció pensativo unos segundos mirándolo fijamente. Después habló rápidamente en voz alta, con una inflexión de seriedad a la vez que se acompañaba de los más vivaces -y permítaseme decir- los más dramáticos gestos. Cuando hubo terminado, el indígena joven se puso de pie, y vi que una lágrima asomaba en su rostro; la ocultó con la mano y dándose media vuelta, se retiró. ¿Qué es lo que había hecho? No puede saberlo, ya que mi pregunta fue contestada con un "¡quién sabe!".²¹

Después se presentó la "justicia" pistola en mano, encañonando a una vieja indígena que cargaba un canasto en la cabeza. Su caso resultó más fácil de entender. Llevaba ésta en su cesto carne podrida y había intentado venderla en la plaza como si fuera fresca. El funcionario de la justicia la había sorprendido y la conducía ahora al alcalde para que éste la juzgara. La vieja apoyó el canasto en la calle y comenzó a contar una enredada historia, probablemente en su defensa. El alcalde olió la carne y pronunció unas palabras, después de lo cual uno de sus ayudantes arrojó la carne al suelo, donde un perro famélico se hizo cargo de ella. La vieja fue castigada, encerrándosela en un calabozo de puerta de rejas, que está al lado de la sala de audiencias del cabildo. Esta es la manera en que se administraba justicia, sin prórrogas ni abogados.

A la tarde llegué a Patzcicia y como aún tenía más de seis horas de caminata hasta Dueñas, decidí pasar la noche allí, pero como no había hotel decidimos ir al cabildo. Lamentablemente, en éste no había de donde colgar las hamacas, así que hube de acomodarme bajo el porche, sobre el piso de piedra. Antes de dormir, crucé la plaza para observar de cerca las ruinas de una iglesia, de la cual algo quedaba aún en pie, y cuyas columnatas hablaban de un pasado de prosperidad. El convento se encontraba menos dañado y en su jardín todavía podía verse un hermoso aljibe ornamentado, que originalmente había sido una fuente. El altar mayor y otras piezas valiosas de la iglesia habían sido rescatadas y resguardadas en uno de los cuartos del convento, donde también se da la misa. Las vigas decoradas se encuentran, junto con los demás altares y adornos que no cupieron en la capilla, amontonadas debajo de uno de los cobertizos. Uno de los servidores de la iglesia me contó que tanto ésta como el convento se encontraban bajo el patrocinio de San Pablo, santo milagroso. Un terremoto había destruido estos edificios años atrás, y no había habido medios para costear las reparaciones. Evidentemente no había sido esa la primera vez

21 En castellano en el original (nota del traductor).

que éstos resultaran dañados. Inocentemente, le pregunté dónde había estado el santo que no había impedido que el terremoto destruyera su templo, y éste me contestó en forma igualmente inocente que en aquellos momentos aquél se encontraba de viaje -según mi informante creía- en Sololá, no obstante el padre aseguraba que debía haber ido aún más lejos, ya que no había podido volver a tiempo.

Como el tiempo estaba frío y ventoso, decidí acostarme temprano, contento de encontrarme casi solo en el porche. Pero mi felicidad no duró demasiado, puesto que en seguida aparecieron dos indígenas cargando sus fardos quienes, cansados y sudados, se acurrucaron cerca nuestro. Unos segundos más tarde vinieron más y más y a la hora estaba todo el porche repleto de indígenas que -según sospechaba- disponían quedarse en el cabildo toda la noche. Serían más o menos cincuenta hombres acompañados de sus mujeres y una cantidad de niños de todas las edades. Cada uno de ellos llevaba un pequeño haz de leña en la espalda y rápidamente encendieron fuego delante nuestro. Se formó una hilera de veinte fogatas, donde los indígenas se dedicaron a cocinar con sus "batidores" frijoles negros, una especie de sopa de chile y carne seca salada, además de calentar las tortillas.²²

Generalmente se acepta que las facciones representadas en los monolitos de México y Centroamérica no corresponden a las de los indígenas de la actualidad; esto puede deberse a que no se trate de las mismas tribus. Los rostros de las esculturas son también muy variados. La población de Santa Lucía es totalmente diferente a la de Palenque y éstos, con sus narices encorvadas y sus frentes aplanadas, se diferencian a su vez de los de Copán. Desde mi primer viaje a Guatemala me interesé en tratar de encontrar parecidos entre los indígenas y las esculturas, y también en ver cómo algunas caras hablan de la existencia de parentesco.

Mientras me encontraba allí sentado, entre todos aquellos indígenas provenientes de las diferentes regiones del país, tuve la oportunidad de distinguir varios tipos distintos. Los de Palenque son, sin lugar a dudas, los más interesantes y, en general -si bien en otras regiones he encontrado individuos que podrían haber servido de modelo para los monumentos-, son el pueblo que se considera que no se ha extinguido. Entre los indígenas que se encontraban sentados a mi alrededor, puede distinguir visiblemente tres clases de rostros que me llamaron la atención. Había algunos de nariz aguileña, bajos y de frente plana pero circular, los que, obviando la particularidad de sus rasgos, bien podrían ser considerados

22 En castellano en el original (nota del traductor).

muy bellos. Son éstos los que corresponden al tipo Palenque, en una versión un poco modificada. Los del tipo Santa Lucía, con sus narices rectas y mentones pronunciados, son más comunes, pero distan bastante de ser apuestos. En otra oportunidad me contó el señor Eduardo Rockstron que durante sus viajes a Lacandón (en la región más septentrional de la república) ha encontrado nativos que se parecen a los del tipo Palenque (?);²³ esta circunstancia le ha llevado a inferir que los monumentos de Palenque y todos aquellos similares han sido construidos por el pueblo maya, cuyos descendientes en Guatemala son los lacandones.

Antes de dejar definitivamente la meseta y dirigirnos a Dueñas, pasamos por el pueblo de Parramos, que ocho años atrás fuera totalmente destruido por un terremoto, motivo por el cual su población abandonó el lugar.²⁴ Actualmente se encuentra éste invadido por la maleza, árboles y arbustos del tamaño de las *Vigandias* de flores azules. La iglesia se encontraba menos derrumbada que las demás casas y tenía las paredes recubiertas de enredaderas. Dejando atrás Parramos, bajamos por el valle de Antigua y rápidamente nos encontramos en el pequeño pueblo de Dueñas, donde fui nuevamente recibido -después de tres semanas de ausencia- en la hacienda del señor Guillermo Wyls.²⁵

(continuará)

23 Este signo es del autor, e indica duda ante las aseveraciones del señor Eduardo Rockstron (nota del traductor).

24 Gall nota que "el primitivo Parramos fue destruido por el terremoto del 3 de septiembre de 1874 y se ordenó por el Ejecutivo el traslado al paraje Panaj, que es donde se encuentra hoy en día"; Diccionario geográfico, II: 888 (nota del editor).

25 En realidad, el apellido se deletrea Wyl. Gall nos informa que en la actualidad la escuela nacional primaria mixta está nombrada por Carlos Guillermo Wyl Ospina; Diccionario geográfico, III: 448 (nota del editor).